

---

# La relación del águila mexicana con la virgen de Guadalupe entre los siglos XVII y XIX

Marta Terán

## Fundación original y fundación cristiana de México

Voy a exponer algunos temas afines al conocimiento de cómo y por qué comenzaron a relacionarse los dos símbolos fundamentales de México: el águila sobre un nopal devorando una serpiente, emblema de la fundación mítica del imperio mexicano en 1325, y la virgen de Guadalupe, cuya aparición en 1531 selló la conversión religiosa y fundó a México en el cristianismo.<sup>1</sup> Comentaré la trascendencia que tuvo el que la sociedad de la Nueva España comenzara a mirar juntos estos dos emblemas en las pinturas que adornaban las iglesias, a imaginarlos asociados en una interpretación teológica después de la publicación en 1648 del primer impreso dedicado a explicar la aparición de la virgen de Guadalupe, del bachiller Miguel Sánchez.<sup>2</sup> Esta asociación de los dos símbolos, central en la fundamentación teológica del padre Sánchez, trascendió por permitir a los criollos novohispanos reconciliarse con su origen, al confirmar, con la aparición de la virgen, el sentido divino del nacimiento de México.

Miguel Sánchez se inspiró en el *Apocalipsis* del evangelista san Juan, pero se basó en fuentes de tradición indígena.<sup>3</sup> La información indígena sobre el milagro fue reinterpretada a la luz de las Sagradas Escrituras y de la historia

antigua de México. En la visión que san Juan tuvo en la isla de Patmos y que se conoce como el capítulo doce del *Apocalipsis*, Miguel Sánchez vio la anunciación de la virgen de Guadalupe en México. Sugirió que la virgen madre de Dios (*Apocalipsis*: “una Mujer vestida de sol, y con la luna debajo de sus pies”) descendió en las alas del águila mexicana (“a la Mujer se le dieron dos alas de águila muy grande, para volar al desierto a su sitio destinado”), a la tierra de la serpiente emplumada, de Quetzalcóatl (“así fue arrojada la gran Serpiente, la Serpiente Antigua”). Dicha asociación entre los símbolos de la virgen y el águila se volvió más fuerte ante la impresión de la portada la lámina que Miguel Sánchez utilizó en su libro dedicado a explicar la aparición guadalupana en el Tepeyac: el emblema de la Arquidiócesis de México, que aquí se presenta como ilustración 1.<sup>4</sup>

Sin ser propiamente la virgen de Guadalupe la que allí aparece, ni las alas (del águila bicéfala de la casa de Austria) las del águila mexicana, al estar sobre el nopal para dar referencia de México y tener tras de sí al sol y la luna debajo de sus pies, la composición que formó esta lámina en el contexto de la interpretación teológica del padre Sánchez inauguró “esa conjunción íntima del águila y la virgen”, como la llamó Francisco de la Maza. Basta mirar la edición de *Artes de México. Visiones de Guadalupe*, preparada por Jaime Cuadriello en ocasión del cente-

**IMAGEN  
DE  
LA VIRGEN MARIA  
MADRE DE DIOS DE GVADALVPE,  
MILAGROSAMENTE APARECIDA EN LA CIUDAD  
DE MEXICO.**

**CELEBRADA**

En su Historia, con la Profecía del capitulo doze del  
Apocalipsis. A devoción del Bachiller Miguel  
Sanchez Presbitero.

**DEDICADA**

AL SEÑOR DOCTOR DON PEDRO DE BARRIENTOS  
Lomelín, del Consejo de su Magestad, Tesorero de la Santa Iglesia Metro-  
politana de Mexico. Gobernador, Provisor, y Vicario de todos los Con-  
ventos de Religiosos de esta Ciudad. Confesores del Santo Officio de la  
Inquisición. Comisario Apostolico de la Santa Cruzada en todos  
los Reynos, y Provincias de esta Nueva España,  
etc.



Añode

1648.

CON LICENCIA, Y PRIVILEGIO,  
En Mexico. En la Imprenta de la Viuda de Bernardo Caldera.  
Vendefe en la tienda en la calle de San Agustín.

*Ilustración 1.* Portada del primer impreso guadalupano de Miguel Sánchez, 1648. Jaime Cuadriello escribió: "En esta pequeña y curiosa xilografía se hayan superpuestos el blasón de los Austria (las águilas bicéfalas) y las insignias de San Pedro (llaves y tiara), a manera de una sinople heráldica que hace marco a la Virgen titular de la catedral mexicana: Nuestra Señora de la Asunción, justo al ser elevada por los ángeles, pero que también vemos posada sobre la luna y un tunal (la primera, toponímico de México, y el segundo, "las armas" del mismo reino). De esta forma no sólo se ligaba la devoción a su suelo originario (las armas mexicanas) sino que la iglesia romana y la corona austriaca daban su blasón y respaldo a esta nueva hija americana." "Visiones en Patmos Tenochtitlan, la Mujer Águila", en *Artes de México. Visiones de Guadalupe*, México, Revista libro bimestral, núm. 29, 1995, p. 19.

nario de la coronación de la virgen de Guadalupe como reina de México (1895), para percibir esta sutil relación en la iconografía guadalupana que entre los siglos XVII y XIX ilustró con gala la mencionada asociación de Miguel Sánchez: la visión de San Juan en Patmos Tenochtitlan y la revelación de la Mujer Águila, al presentar juntos ambos símbolos.<sup>5</sup>

El encuentro del águila y la serpiente sobre el nopal en un islote del lago (la señal de la fundación mexicana) constaba como un primer indicio en la argumentación teológica, porque para el descenso de María había tenido que ocurrir la conversión de una ciudad poseída por el mal.<sup>6</sup> El imperio de la idolatría había sido vencido, como había escrito san Juan, por el arcángel san Miguel (los europeos). La virgen había aparecido entonces para confirmar la fe y bendecir con su presencia el suelo y la patria de los allí nacidos: indios, castizos e hijos de españoles.<sup>7</sup> Con la difusión del primer impreso guadalupano del padre Sánchez terminó una época en la historia de la información guadalupana, basada en lo escrito y oral de procedencia indígena.<sup>8</sup> A partir del padre Sánchez los criollos destacaron en la explicación del milagro y su historicidad.<sup>9</sup> Entonces también empezó a manifestarse como patriotismo lo que de origen era religiosidad. "Y aquí comienza esa conjunción íntima del Águila y la Virgen que ha hecho de Guadalupe un emblema nacionalista mexicano, que es en el fondo, patriotismo, pero no religiosidad", escribió Francisco de la Maza.<sup>10</sup>

### El águila mexicana en los recintos de Dios

Cuando me preguntaba cómo pudo entrar el escudo fundacional del imperio mexicano a las iglesias cristianas, siendo que era el recuerdo más concentrado y vivo de la cultura y la religión que la conquista destruyó, vi que efectivamente aparecía asociado a las imágenes de la virgen de Guadalupe, en la serie de composiciones barrocas que partieron del impreso de mediados del siglo XVII de Miguel Sánchez.<sup>11</sup> Como esta serie comprende desde grabados y pintu-

ras hasta altares completos y fachadas de iglesias, mayor fue la trascendencia que tuvo la amplia difusión de los emblemas juntos (el de México, sirviendo como *timbre* a la imagen primigenia guadalupana, para indicar el lugar del milagro), por las provincias que hoy integran nuestra nación; más aún si se considera que así comenzó a ser apreciado el glifo fundacional mexica en muchas de ellas, cuyos habitantes originales habían pertenecido a culturas distintas y hasta enemigas. La argumentación del padre Sánchez creó un lugar para el antiguo escudo político mexicano en los espacios religiosos. Fue la vía más importante para su difusión y aceptación, tanto en las provincias de la Nueva España como en Europa.

Estas composiciones se volvieron particularmente importantes en el siglo XVIII: "Era ya toda una serie que sólo tiene sentido a lo mexicano, como esa desesperada y magnífica intención de unir a la virgen con el águila del escudo nacional", según Francisco de la Maza.<sup>12</sup> Una muchedumbre de composiciones guadalupanas habían hecho suya la visión de Miguel Sánchez, interpretadas por pintores académicos, indígenas, o autores anónimos.<sup>13</sup> El efecto multiplicador se mide en que, particularmente en el siglo XVIII, de una composición original interpretada al óleo, en papel o en metal, es posible encontrar varias copias en iguales o distintos materiales como madera y piedra. El grabador alemán Juan Sebastián Klauber (1700-1768) tuvo una amplia influencia en el arte novohispano de la segunda mitad del siglo XVIII. Un grabado guadalupano suyo inspiró muchas pinturas subsecuentes de otros autores, en disposición semejante a la composición del modelo o con pequeñas variantes. Quien mejor lo siguió fue Juan Patricio Morlete, nacido en San Miguel el Grande en 1715, según las pinturas que se ofrecen como ilustración 2.

Jaime Cuadriello dio la referencia del origen de muchas de las composiciones guadalupanas mexicanas más importantes y conocidas en la actualidad y las razones por las que fueron hechas: para conmemorar. El gran fervor del siglo XVIII procuró hacer recordar el patrocinio de la virgen de Guadalupe, que se juró en 1737. Ese

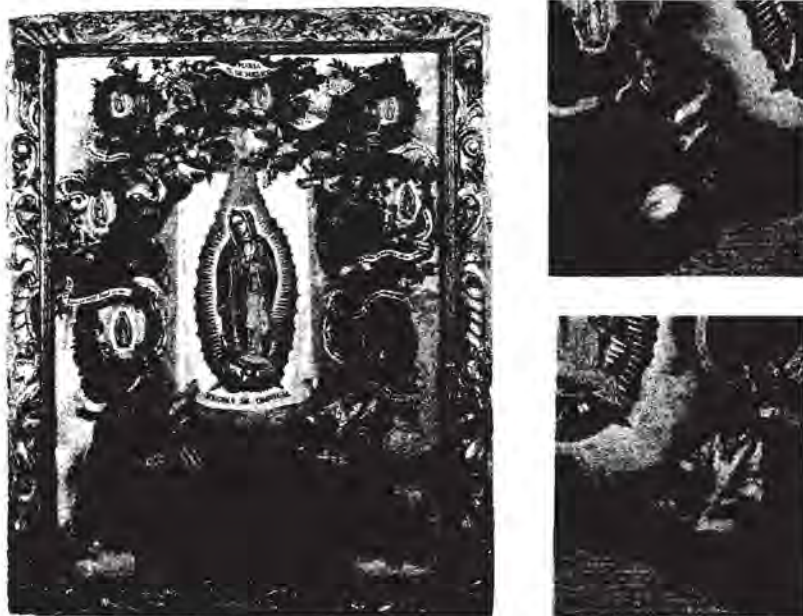
protectorado sobre la ciudad de México se extendió a toda Nueva España en 1746. La confirmación de este juramento por el papa Benedicto XIV ocurrió en 1754.<sup>14</sup> Estas "imágenes de jura" tienen entre sí muchas variantes pero todas llevan el águila.

Lo que aquí interesa destacar es que la fundamentación teológica del padre Sánchez ofreció un nuevo entendimiento de la tarea mítica del águila: después de señalar el nacimiento del imperio, "todas las plumas y los ingenios del Águila de México se habían de conformar en alas para que volase esta mujer prodigio y sagrada criolla": Guadalupe en su descenso de los cielos. Pero no las alas o el águila sino *todo* el glifo fundacional de México, el símbolo más poderoso que había quedado de la ciudad vencida a los ojos de los españoles, fue lo que ingresó a las iglesias en el centro y por casi todos los rumbos de la Nueva España.

Durante el siglo XVI estuvo bien identificada la ciudad de México por los españoles con el glifo del águila sobre el nopal y devorando la serpiente.<sup>15</sup> En ese siglo y el XVII, en los intentos por interpretar y dar a conocer el México antiguo, tanto los historiadores indígenas y mestizos como los frailes y los cronistas españoles se dieron a escribir largas relaciones de la fundación antigua, cuyo clímax era la aparición del águila sobre el nopal. Muchas ilustraciones clásicas perduran, en virtud de sus esfuerzos, en códices y crónicas.<sup>16</sup>

El emblema es una condensación de elementos de un pasado mitológico: el de los orígenes de Aztlán y el de las ciudades anteriores y sagradas como Teotihuacán y Tula. Doris Heyden escribió que el pueblo azteca se apoderó del prestigio, la expresión política y las tradiciones de las culturas que le precedieron. El glifo de México Tenochtitlan es una combinación de elementos, cada uno con alguna asociación sagrada, histórica o política, que fueron formando como totalidad una mnemotecnia cuyo fin fue recordar para siempre al pueblo mexica su supremacía.<sup>17</sup> Con el escudo sirviendo como timbre a la imagen guadalupana, esa condensación simbólica de los pasados prestigiosos mexicas ingresó a las iglesias y espacios de Dios. Al in-





*Ilustración 2.* Óleos de Juan Patricio Morlete, pintor nacido en San Miguel el Grande en 1715. El primero es de 1763. Forma parte de la colección del Museo de la Basílica de Guadalupe. El segundo únicamente se presenta en dos detalles. Es de 1772 y pertenece a una colección particular de Durango, aunque se conoce un tercero. Juan Patricio Morlete fue maestro en la academia de pintura fundada en 1753 por Miguel Cabrera. Realizó muchas réplicas del retrato fundador guadalupano a petición del arzobispo Manuel Rubio Salinas, otras por encargos particulares. La composición es semejante entre uno y otro óleos, con variaciones importantes: en el que aparece completo, el papa es joven, y en el primer recuadro aparece ya viejo; en el lienzo completo aparece a los pies una panorámica de la Basílica mientras que en los recuadros se mira escrita la historia de la aparición. Estas composiciones en serie de Patricio Morlete se inspiraron en las que hizo en Europa el grabador Juan Sebastián Klauber, notable exponente del barroco alemán, para difundir la imagen guadalupana y conmemorar el oficio y misa propios para la fiesta concedidos por el papa Benedicto XIV. Como puede verse en el segundo recuadro, en las dos pinturas aparece el águila y la serpiente, con el doble timbramiento de la estrella y la corona al modo dispuesto por Klauber (el grabado de Klauber se exhibe también en el Museo de la Basílica). En la banda de letras que da marco al escudo se lee: *MEXC. IMPER*, Imperio Mexicano. Manuel Toussaint, *Pintura colonial en México*, pp. 167, 168 y 268. José Ignacio Conde y María Teresa Cervantes de Conde, "Nuestra Señora de Guadalupe en el arte", en *Álbum conmemorativo del 450 Aniversario*, op. cit., p. 154.

roducirse gracias al arte de la interpretación criolla, otras señales fueron admitidas para variar el sentido primigenio del emblema (destinado originalmente al imperio vencido por los europeos) de modo que les hiciera recordar la gloria del nacimiento en este suelo particularmente a los criollos. Me refiero a la estrella que aparece sobre la cabeza del águila y a la corona que se descubre casi siempre encima de la estrella en muchas de las ilustraciones de este texto. Más adelante se hablará de ellas.

El México antiguo era el otro tema del patriotismo criollo. En torno a la palabra *México* los criollos del siglo XVII enriquecieron todo un capital simbólico, un patrimonio cultural. Guillermo Tovar de Teresa lo refiere en su *Pegaso*, al descubrir las emociones depositadas en la escultura que se trepó en 1625 en la fuente del patio de Palacio y que se conserva en su sitio. México significaba fuente o manantial, lo mismo que Pegaso. Pegaso se identificó con el amor a la patria, como emblema y empresa de la ima-





*Ilustración 3.* Escudos de la ciudad de México. El primero es interpretación del enviado por el rey Carlos V en 1523. Los primeros sellos se mandaron hacer en 1527 y fueron de plata. Se pagó a quienes los hicieron con dos solares que habían pertenecido al conquistador y platero Gaspar de Garnica. Cuando el virrey Palafox restableció su uso, permaneció como el escudo de la ciudad de México hasta nuestro presente. El segundo es el escudo de la ciudad timbrado con el del imperio mexicano, que se utilizó entre los siglos XVI y XVII. Manuel Carrera Stampa escribió, en su enciclopédico libro sobre el escudo nacional, lo siguiente: “El escudo concedido a la ciudad de México no tenía timbre —celada, corona, lambrequines u otras figuras de armerías—, y quizá, porque estando la vista acostumbrada a que todos los escudos de armerías usados en la colonia lo tuvieran, pareciera éste desairado sin él; o bien por otra causa cualquiera; el caso fue que al cabo de pocos años comenzó a timbrarse con el águila y la serpiente azteca tradicionales, suprimiéndole la bordura con los nopales y los puentes.” El tercer escudo es una alegoría emblemática de la ciudad de México, ya del siglo XVIII, que adornaba una de las salas capitulares de su ayuntamiento. Manuel Carrera Stampa, *El escudo nacional*, México, Secretaría de Gobernación, 1994 (primera edición de 1960), pp. 83 y 85.

ginación creadora liberada por el esfuerzo lúcido de la introspección.<sup>18</sup> La idea de los manantiales de agua que formaban el lago y las figuras del nopal y del águila habían sido constantemente evocadas por europeos y criollos.

### **El timbre mexicano**

Si en el escudo de la Arquidiócesis de México utilizado en el impreso de Miguel Sánchez aparece el nopal (y la luna) bajo la virgen como distintivo de México, hasta mediados del siglo XVII el águila mexicana no había sido introducida oficialmente a la Casa de Dios por cierta aversión que le manifestaban algunos de los europeos que venían a desempeñar altos puestos en la administración del virreinato. Debido a este repudio, en 1642, seis años antes de la

aparición del impreso de Miguel Sánchez (1648), el águila y la serpiente dejaron de usarse para timbrar el escudo con el que Carlos V dotó al nuevo México que los españoles reedificaron tras su victoria. Es conocido que la voluntad para preservar el escudo de la fundación mítica y la gloria del pasado se avivó en la cultura y el arte de la Nueva España desde el siglo XVI; pero cómo se vivió esta experiencia en las esferas públicas de la ciudad de México es algo menos conocido.<sup>19</sup> La ciudad y el ayuntamiento de México habían usado como emblema hasta 1642 una interpretación del escudo enviado desde España por el rey en 1523 (aunque no interpretado totalmente); pero, además, este escudo estaba timbrado con el antiguo de México (en gran tamaño). Quien lo objetó fue el obispo y virrey Palafox y Mendoza. Ambos escudos aparecen en la ilustración 3.

La ciudad, fundada en 1325 y vencida en 1521, había recibido escudo en 1523. Enviado por el rey Carlos V, expresó emblemáticamente la ardua conquista sobre la impresionante capital imperial. Se componía de un castillo dorado y tres calzadas en el lago que allá conducían. Sobre dos de ellas se pusieron dos leones “que tengan los pies en el puente y los brazos en el castillo, en señal de la victoria que en ella *ovieron* los dichos cristianos”. En el exterior hay una orla con diez pencas de nopal.<sup>20</sup> Como se aprecia en las variaciones (particularmente en la disposición del nopal en el conjunto de las ilustraciones: en orla o entero), los vecinos de la ciudad de México habían dispuesto a su gusto el escudo sin cumplir enteramente con la cédula hasta la censura del virrey Palafox, quien además restableció el uso del primero, de modo que es hasta hoy el distintivo de nuestra ciudad.

Tal como se distribuían los escudos en el espacio emblemático de la ciudad criolla de mediados del siglo XVII, no parece que se quiera suplantar uno con el otro, sino representar que la ciudad ya contaba con dos épocas, dos historias. Este sentimiento lo expresó Torquemada a comienzos del siglo, en cinco capítulos en los que contó la historia de la ciudad, “agorada por la visión del tunal y piedra”. Torquemada explicó cómo la ciudad, habiendo sido poblada por gente descarriada, acabó transformándose en cabeza de la cristiandad. Con eso aceptó a México en su pasado pagano y bárbaro como también había sido la antigüedad europea. México era bastante más que el dominio español: en su larga historia había tenido un pasado “clásico” orientado por la religión natural y seguido de un presente cristiano inspirado en Guadalupe, cuya aparición confirmó el milagro de la conversión y bendijo el suelo. Por tener la ciudad un pasado de grandeza y haberse dejado guiar hacia el Dios verdadero, el escudo antiguo merecía timbrar el símbolo del nuevo México.<sup>21</sup>

No obstante, ese significado pagano y bárbaro hizo al virrey, a don Juan de Palafox y Mendoza, combatir el escudo antiguo.<sup>22</sup> El obispo virrey, tras cancelar su uso, anunció el retiro de todos los emblemas, tanto de los papeles y las cosas oficiales como de las fachadas de algunos

edificios, entre ellos el empotrado en un ángulo del atrio del Convento Grande de San Francisco.<sup>23</sup> También espectacular fue el retiro de la pieza de bronce al tamaño natural del águila que adornaba la fuente de la Plaza Mayor frente al Palacio, que corresponde a la ilustración 4. No obstante y como se ha repetido, seis años más tarde, en 1648, el águila quedó unida a la virgen de Guadalupe por obra de Miguel Sánchez. El ayuntamiento de la ciudad estampó ya sin reservas el escudo en 1663, en las *Ordenanzas de la muy Noble y Leal Ciudad de México*. Con los años, el escudo volvió a adornar los exteriores de los palacios mexicanos: indiscutiblemente se volvió una alusión clásica a la época antigua; incorporado en los mantos guadalupanos ingresó en las iglesias mexicanas y hasta pudo verse en algunos recintos religiosos europeos.

En España y en el extranjero, especialmente en el siglo XVIII, el escudo se usó para timbrar muchas composiciones guadalupanas. Imprimir el escudo como timbre de la imagen primigenia (o del retrato fundador guadalupano) era allá una necesidad. En España ya existía la virgen de Guadalupe que aún custodia el monasterio jerónimo de Cáceres, en Extremadura. Hablamos ahora de la virgen de la reconquista frente a la expansión del Islam en la Península, de la veneración favorita de la reina Isabel La Católica, de Cristóbal Colón, de Hernán Cortés.

A pesar de que Nuestra Señora de México es una pintura que tiene a 1531 como fecha de la aparición milagrosa y no se parece a la española (la escultura de una virgen que carga un niño y un cetro de cristal, que fue encontrada en unas catacumbas en 1322), era fácil pensar que la virgen mexicana no era primigenia sino una copia de aquélla.<sup>24</sup> Por los “errores que cometía el vulgo” al confundir los dos cultos guadalupanos y siendo el siglo XVIII el del Patronazgo de México y de su reconocimiento por el Vaticano, a la virgen mexicana se le comenzó a añadir para diferenciarla, el lema de David eventualmente usado desde el siglo XVII: *Non fecit taliter omni nationi* (“Nunca se hizo algo semejante para nación alguna”). También con notoriedad





*Ilustración 4.* Alegoría del escudo de la fundación de México. Pieza de tamaño natural del siglo XVII, originalmente colocada en una fuente de la Plaza Mayor frente a Palacio. La retiró el virrey Palafox en 1642 junto con otras canteras que adornaban las fachadas del centro de la ciudad de México. El obrero mayor de la ciudad, Bartolomé Bernal, quitó de inmediato el águila y la entregó a los regidores y alcalde en la Sala de Cabildo el 22 de agosto. El águila se guardó en la capilla. Se rehizo en el siglo XVIII; estuvo en la plaza de Juan José Baz y luego en la de Santo Domingo. Hoy adorna la Sala de Numismática del Castillo de Chapultepec. Manuel Carrera Stampa, *El escudo nacional*, pp. 85 y 109.

se la timbró con el escudo mexicano. Según el padre Teobaldo Antonio de Rivera, una "utilidad" o propósito de la Congregación guadalupana que se formó en la corte de Madrid en 1743, era: "Ser medio con el que el nombre de Guadalupe no se confunda con el portentoso de la Aparición de México, ni la mayor gloria, y esclarecido Timbre del Imperio Mexicano."<sup>25</sup> La ilustración 5 es la portada de las *Constituciones de la Real Congregación* de Madrid. Allí puede observarse en la composición la ubicación del lema y del timbre mexicano.<sup>26</sup> El padre Rivera pensaba que para salvar la confusión "en la porción más culta del universo" había que intentar poner un templo especial en Madrid, ya que allí



*Ilustración 5.* Impreso de Paulus Ming F. M., que sirvió como portada de las *Constituciones de la Real Congregación de Nuestra Señora de Guadalupe de México, fundada en la iglesia de San Felipe El Real de esta Villa de Madrid*. En la oficina de Joaquín Sánchez, año de 1743. La veneración guadalupana mexicana se afirmó en Europa cuando en ese año se formó la Congregación de Guadalupe en la corte, declarándose el rey Felipe V Hermano Mayor y disponiendo que sus sucesores lo fueran a perpetuidad. El emblema de la monarquía aparece encima de la virgen. Abajo, el timbre del imperio mexicano, con sus respectivas señales de la estrella encima de la cabeza del águila y la corona sobre lambrequines para formar el retrato oval.

concurrían muchos embajadores, ministros, mercaderes y demás enviados de otras monarquías y potencias europeas. No se hizo, en parte porque la virgen mexicana llenó espacios de muchas capillas e iglesias europeas.<sup>27</sup> El amparo guadalupano era universal, como consideraban particularmente los jesuitas y los franciscanos:

El intento de María Santísima, cuando se apareció en México, no se limitó a la protección de las Indias; pretendió ampliar

también su patrocinio a la Europa, al Asia y al Orbe todo. Se apareció en un nuevo mundo para que, difundido, acreditado y venerado el prodigio por sus retratos en el mundo antiguo, se acudiera también a implorarla y a recibir los efectos de su beneficencia en el universo. Así lo testifican sus favores que continua y abundantemente difunde en los europeos que la veneran en lo íntimo de su corazón; y así lo testifica la amplitud de sus palabras con que habló al feliz indio al aparecérselo, ofreciendo su patrocinio al mismo, y a cuantos la invocaren en sus necesidades.<sup>28</sup>

### El destino de México

El escudo mexicano que timbraba los mantos guadalupanos en la Nueva España y en Europa tenía, como se indicó al principio de este ensayo, otros elementos que reforzaban el mensaje apocalíptico por el que se reinterpreto la misión del águila: aquellos que particularmente servían de referencia a los criollos. Si se miran tanto las obras de Juan Patricio Morlete como la portada (de Paulus Ming) del libro de la *Congregación guadalupana* de Madrid, o bien la ilustración 6 (que corresponde al impreso también madrileño de Manuel Rodríguez), más las ilustraciones que se ofrecen adelante, podrá apreciarse que en la composición del timbre mexicano una estrella se posa sobre la cabeza del águila, y sobre la estrella se halla una corona. La estrella y la corona, en esta combinación, hacen la suerte de un doble timbramiento, religioso y político. Puede suponerse que fue ideado para relevar al escudo antiguo de toda su carga de pasado, del mismo modo que para señalar las raíces europeas, católicas y españolas de México. El timbre del imperio mexicano, es decir, el emblema fundacional acompañado de la corona y la estrella, fue visto en el siglo XVIII también fuera de los mantos guadalupanos, en impresos tampoco estrictamente religiosos, como se observa en los dibujos utilizados en las portadas de la *Gazeta de México*, de mediados del siglo XVIII, que componen la ilustración 7.

En oposición, lo que el glifo fundacional comenzó a perder en su uso cristiano y español fue la indicación de que el nopal nace del corazón de Cópil, sobrino y enemigo de Huitzilopochtli, el dios tutelar de los aztecas. Es decir: que bajo el nopal, en las ilustraciones el lector puede observar que a veces aparece un peñasco, a veces nada. Así se fue perdiendo la memoria de la misión (fallida por la conquista) de un imperio cuyos hombres alimentarían al sol con la preciosa sangre del sacrificio, destino superado en favor del otro que sencillamente alegaba hermandad con Dios por compartir la misma madre aparecida para fundar patria. Me parece que desde mediados del siglo XVIII, a modo de señas o distintivos, tanto la virgen como el águila mexicana ya fundaban patria, usados juntos o separados, como escudo religioso la primera y escudo político el segundo. La utilización del águila en los campos civil y religioso adquirió el tono libre que se manifiesta, por ejemplo, en los dos escudos que adornan todavía el altar jesuita de la parroquia de San Lorenzo Río Tenco, que corresponden a la ilustración 8.

La estrella sobre el águila en el timbre del imperio daba a entender que el suelo de México había quedado bendecido; luego entonces, que el escudo fundacional ya estaba desprovisto de la antigua carga religiosa. Para que el pasado se depurara de la connotación satánica que le atribuyeron los primeros evangelizadores había tenido que ocurrir la conquista. Se recordará que en la visión del padre Sánchez son los europeos guiados por la estrella quienes vienen para acabar con el monstruo de la idolatría. La estrella es la *Stella Maris*, María que guiaba a los navegantes europeos. Teniendo por norte la Estrella Marina habían llegado los cristianos. En la Nueva España la asociación de la estrella y la virgen de Guadalupe era fácil si se piensa en el título del impreso del siglo XVII dedicado a glorificar la aparición de Guadalupe: *La Estrella del Norte de México*, del padre Francisco de Florencia (1688), quien escribió que el santuario guadalupano del Tepeyac estaba al norte del valle de México, "que como estrella fija nos guía y alumbrá".<sup>29</sup>





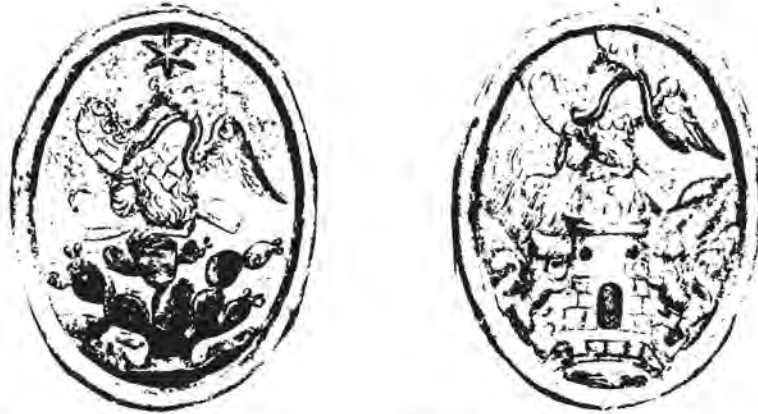
S. MARIA MATER GVADALVPANA MEXICI



*Ilustración 6.* Impreso madrileño y detalle del impreso de Manuel Rodríguez, *Portada de su Colección de obras y opúsculos guadalupanos...* (1785), tomado del libro *Imágenes guadalupanas: cuatro siglos*, México, Centro Cultural Arte Contemporáneo, Fundación Cultural Televisa, 1987, p. 98. En la iconografía guadalupanista europea es común encontrar esta disposición con pequeñas variantes, en dibujos y grabados. El lema *Non fecit taliter...* y el timbre del imperio aparecen juntos en una composición al costado y no bajo Nuestra Señora de México. En el timbre el águila devora la serpiente sobre el nopal y encima del águila aparecen la estrella y la corona.



*Ilustración 7.* Grabados en madera usados en las portadas de la *Gazeta de México*, publicada por Juan de Sahagún Arévalo Ladrón de Guevara hacia mediados del siglo XVIII. Allí aparece la estrella entre el águila y la corona, o los lambrequines que rematan en la corona en el segundo de ellos. El uso del águila y la serpiente hacia mediados del siglo XVIII se volvió más frecuente en los asuntos oficiales. Manuel Carrera Stampa proporciona series de ejemplos del uso del escudo con el águila en otros documentos civiles, en la arquitectura, en sellos para monedas o bien para *ex libris*, en *El escudo nacional*, pp. 95 y ss.



*Ilustración 8.* Escudos tanto del imperio mexicano como de la ciudad de México tallados en madera y coloreados, que forman parte del altar de la iglesia de San Lorenzo Río Tenco, Cuautitlán. El altar adornaba el recinto de Tepozotlán antes de la expulsión de los jesuitas en 1767. No se sabe cuándo fue trasladado al pueblo vecino de San Lorenzo; quizá también antes de la expulsión. Esta composición simbólica, según José María Rivera, es la "síntesis profética de los anhelos religiosos y artísticos de espíritu y nacionalidad". Entre sus características destaca que la mesa del altar la soporta un atlante de facciones más mestizas que indígenas; que colocados como escudos en tarjas ovaladas, a cada lado se ostentan los emblemas de la ciudad de México y el del imperio mexicano; que Guadalupe ocupa la calle principal del retablo con las cuatro apariciones en las laterales, pero además entre sus pinturas resaltan dos medallones con las esfinges de santa Rosa de Lima y san Felipe de Jesús. Es decir, que dos santos criollos ocupaban sitios de honor, coronados por una gran imagen de san Miguel. José de Martín Rivera, "El nacionalismo mexicano y la virgen de Guadalupe", en *Congreso Mariológico. 450 Aniversario, 1531-1981*, México, Insigne y Nacional Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe, 1983, p. 451. El altar fue dado a conocer en *Artes de México. Retablos mexicanos*, núm. 106, 1968.

Pero, además, "los ángeles se intitulan estrellas", escribió Miguel Sánchez. En su argumentación una estrella dorada guiaba a las otras: eran san Miguel (Hernán Cortés) abanderando a los demás ángeles (los españoles).<sup>30</sup> De modo que una serie de composiciones se irá formando en el tiempo de los san Miguel guadalupanos. Cuando Satanás fue condenado por Dios, con él había caído una parte de las estrellas del cielo. Algunas de esas oscuras estrellas se convirtieron, aclara el padre Sánchez, en los dioses mesoamericanos como Huitzilopochtli o la Serpiente Emplumada de Quetzalcóatl. En el timbre mexicano, pues, la estrella dorada de san Miguel y de la virgen bendecía el sino de esta tierra como recordatorio del significado apocalíptico. Las estrellas eran el nuevo paraíso. De modo que los mantos guadalupanos timbrados con el antiguo escudo fundacional y señalados con la estrella y la corona, fueron los que mejor transportaron esa inter-

pretación del suelo patrio que incorporó del mismo modo su antigüedad, el pasado mexicano, con su presente español, católico y guadalupano y, por la bendición de María, el reconocimiento de un futuro como nación soberana. Muchos más hombres que los criollos: mestizos, indios y castas suponían que tarde o temprano México llegaría a ser soberano. El águila mexicana había prestado sus alas para que la virgen descendiera en el sitio elegido; la estrella aseguraba que el mal había sido vencido. En fin, podía pensarse que la corona (española) debía ceñir la cabeza del águila.

### La fusión del águila y la virgen

De modo que llegó un momento en que la estrella, cuya interpretación apocalíptica asociaba a la nueva humanidad americana con la llegada



de los españoles, dejó de ser utilizada. Fue el de la independencia, porque para el común de los nacidos en este suelo (indios, castizos y criollos) el destino apocalíptico era algo más bien por cumplir. Para presentar al águila coronada, los primeros héroes de la independencia de inmediato se abanderaron con los dos emblemas, religioso y político, de México. En un segundo momento fusionaron, o mejor, fundieron a la virgen con el águila. Los insurgentes coronaron un águila-virgen, movidos por las águilas y las muchas vírgenes con que los abanderaron en la guerra que se inició al llamado del cura Miguel Hidalgo en 1810. No habíamos conocido que los ejércitos insurgentes que se formaron en 1810 también se abanderaron con águilas; mejor conocemos que se ampararon en la virgen de Guadalupe. Miguel Hidalgo declaró, ya en prisión, que sus hombres, como escudo y "armas" llevaban varias imágenes guadalupanas, otras de Fernando VII y "algunos también la Águila de México".<sup>31</sup>

La virgen de Guadalupe estuvo presente desde la primera cita el 16 de septiembre.<sup>32</sup> Es conocido que Miguel Hidalgo convocó a la virgen en su célebre grito contra el mal gobierno, contra los europeos, por el rey Fernando VII y por México. Entre la parroquia de Dolores y la villa de San Miguel el Grande, donde Ignacio Allende esperaba a Miguel Hidalgo, los insurgentes tomaron una imagen guadalupana de la sacristía del pueblo de Atotonilco: así ingresó en los ejércitos la más famosa imagen guadalupana insurgente.<sup>33</sup> En San Miguel lo esperaban el capitán Allende y el capitán Aldama, para unirse a los ejércitos reales que comandaban los Dragones de la Reina de San Miguel el Grande. Con los Dragones se unieron a los insurgentes las dos primeras águilas mexicanas, porque sus estandartes portaban a la virgen de Guadalupe en una cara y en la otra llevaban "el águila imperial y varios trofeos y jeroglíficos". Los realistas robaron a los insurgentes el lienzo guadalupano de Atotonilco en la batalla del cerro de Las Cruces; los estandartes de los Dragones de San Miguel los ganó el general Calleja hasta la terrible derrota insurgente de Puente de Calderón. Los envió a España. No los conoce-

mos; únicamente su descripción por voz del general Calleja:

Dos banderas sobre tafetán celeste con la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, y al reverso el arcángel san Miguel, con el águila imperial y varios trofeos y jeroglíficos: las primeras con las que los insurgentes levantaron el grito de la insurrección en la villa de San Miguel el Grande, y que se tomaron en la acción de Calderón, el 17 de enero de 1811.<sup>34</sup>

La interpretación apocalíptica de México del padre Sánchez había echado raíces en la villa de San Miguel, por ser su patrono el primer general de la lucha contra Satanás. Allí había nacido el pintor Juan Patricio Morlete, quien particularmente destacó al timbrar sus lienzos guadalupanos con el escudo mexicano en el siglo XVIII. Todas estas cosas confluyeron en el diseño de los estandartes apocalípticos de los ejércitos de San Miguel, muchos años antes de pensarse en iniciar la guerra insurgente. Imposible enumerar aquí las profundas razones sociales, económicas y políticas que propiciaron el movimiento contra el gobierno español. Luis Castillo Ledón, en su clásico libro sobre Hidalgo, ponderó muchas de estas cosas pero particularmente el tono de guerra santa del movimiento contra los europeos, de odio recíproco, hasta que Hidalgo fue derrotado.<sup>35</sup> Para que México fuera una nación soberana había que romper el yugo español.<sup>36</sup>

Con total decadencia y con la muerte de Miguel Hidalgo concluyó esta primera fase de la lucha, unos once meses después de iniciarse el movimiento. La derrota se reflejó también en la progresiva pérdida de los emblemas. Hidalgo, en lo que declaró por último a sus captores, dijo que se fue haciendo menor uso de todas las insignias que llevaban sus hombres, hasta de las guadalupanas que usaban en los sombreros.<sup>37</sup> Sin embargo, sorprende tanto el ver situados desde el principio a la virgen y al águila, a los emblemas religioso y político en la descubierta del movimiento, como la sensación de que con uno se evocaba al otro.<sup>38</sup> De modo que dicho mo-



*Ilustración 9.* Sellos y escudos para banderas, papel y monedas utilizados por las tropas leales a la Suprema Junta Nacional Americana. El primero lo utilizó el doctor José Sixto Berduzco, vocal de la Suprema Junta. Sobre el puente, que es una estilización de las tres calzadas de la ciudad de México, la Virgen Águila coronada se posa sobre el nopal. Las iniciales del lema: *Non fecit...* N.F.T.O.N. aparecen en el listón sobre el mundo que timbra el escudo. Ramas de encina y laurel lo rodean por debajo. Varios ejemplares y copias se encuentran en el Archivo General de la Nación. El 19 de agosto de 1811 la Suprema Junta decidió que el segundo escudo fuera adoptado para representar las armas del México independiente. Bajo el águila, en el puente, están colocadas esta vez las iniciales del lema guadalupano: N.F.T.O.N. Cuatro ejércitos formaron los sobrevivientes del movimiento insurgente a la muerte de Miguel Hidalgo. El territorio mexicano lo dividieron desde Michoacán en esas mismas cuatro demarcaciones para las operaciones de guerra. El del sur lo comandaba José María Morelos, pero aquí se presenta el del poniente como tercer escudo. Manuel Carrera Stampa, *El escudo nacional*, pp. 113-115. Moisés Guzmán Pérez explica el momento de la promulgación de estos sellos y banderas en *La Junta de Zitácuaro, 1811-1813. Hacia la institucionalización de la insurgencia*, Morelia, Universidad Michoacana, Instituto de Investigaciones Históricas, 1994.

vimiento, también simbólico, renació al rehacerse el liderazgo de las tropas rebeldes.

Reunidos los diezmados cuerpos insurgentes por el secretario de Hidalgo, Ignacio López Rayón, hacia finales de 1811 se juró solemnidad en la Junta de Zitácuaro, que dirigió la insurgencia entre 1811 y 1813. Entonces esta Junta decidió que se bendijeran dos banderas: "Una blanca con las Armas del rey y otra encarnada que decían de América, con una imagen de Nuestra Señora de Guadalupe." También se emitieron banderas y monedas de cuño mexicano con el águila coronada en el nopal, o bien acompañada de arcos, flechas y hondas.<sup>39</sup> El momento más alto de esta reelaboración simbólica tuvo motivo al diseñarse el "sello nacional" de la Junta de Zitácuaro, que en adelante utilizaron los jefes insurgentes en las cuatro grandes demarcaciones en que se dividió el movimiento. Entonces se fundieron el águila y la virgen. Si Miguel Sánchez sugirió la presentación de Nuestra Señora sobre el nopal al utilizar la lámina de la Arquidiócesis del siglo XVII, en el siglo XIX, en los sellos utilizados para exten-

der las órdenes de la Junta de Zitácuaro y luego las del general Morelos, el águila mexicana, coronada, fue colocada sobre un puente (estilización heráldica de las tres calzadas que dio Carlos V) en el que están escritas las iniciales del lema guadalupano: *Non fecit...* N.F.T.O.N. Varios sellos insurgentes se exponen en la ilustración 9.

Como se sabe, muchos jefes insurgentes eran sacerdotes, la sociedad entera era católica y hasta los niños sabían entonces lo que quería decir ese lema. Si nunca había ocurrido algo semejante, el águila coronada sobre las calzadas heráldicas garantizaba que eso se iba a cumplir. Encabezando los ejércitos mestizos e indígenas de José María Morelos se mostraba un estandarte con el águila coronada al que, en Oaxaca, por ejemplo, se le añadió la sentencia siguiente: *Oculis et unguibus eaque victrix* ("Con los ojos y con las uñas igualmente victoriosos"), según se aprecia en la colección de banderas del Museo Casa de Morelos, en Morelia, Michoacán.

En el Obispado de Michoacán (que como jurisdicción religiosa abarcaba las intendencias





*Ilustración 10.* Escudo de cantera que adorna la parte alta de la fachada derecha de la catedral de Morelia, en Michoacán. La composición que forma con la virgen de Guadalupe abarca la fachada, de modo que es la más grande de la serie iconográfica aquí comentada. No fue hecha con esa intención; surgió en el momento en que el escudo mexicano suplantó al español en el año 1822. El relieve de Guadalupe se labró casi a mediados del siglo XVIII. Su variación más notable son las armas de la guerra de la independencia, a los pies, donde también es posible observar al vencido dragón de la idolatría. Ilustración tomada del libro coordinado por Nelly Sigaut, *La Catedral de Morelia*, Morelia, El Colegio de Michoacán y Gobierno del Estado de Michoacán, 1991, p. 97.



*Ilustración 11.* Primeros escudos nacionales mexicanos. El águila coronada insurgente aún fue representada en 1821 (fray Servando la propuso para escudo de la bandera nacional). Hacia 1822, a finales del primer imperio, se pensó en la inclusión de la estrella, según el dibujo incompleto que se encuentra en la Mapoteca del Archivo General de la Nación (AGN, Mapoteca, Fondo Gobernación, Justicia e Instrucción Pública, vol. 17, f. 28). Sin estrella ni corona y devorando la serpiente quedó plasmada el águila en el escudo de la Primera República Federal Mexicana de 1824. El grabador Torreblanca, creador de este último emblema, inauguró toda una escuela en la representación de los sucesivos escudos nacionales. Manuel Carrera Stampa, *El escudo nacional*, p. 115 y ss.

de Michoacán, Guanajuato y San Luis Potosí) cundió la insurgencia como en ningún otro lado. En su sede, la catedral de Morelia, al costado derecho de su fachada se puede admirar en cantera el escudo del águila con “la serpiente de la idolatría” a los pies, sobre una también enorme talla en piedra de la imagen guadalupana, en la composición más grande que se conoce formada en dos tiempos: el relieve de la virgen se realizó en 1744 y el águila en 1822.<sup>40</sup> La talla del águila corresponde a la ilustración 10.

En casi dos siglos, desde mediados del XVII hasta comienzos del XIX, la asociación del águila mexicana con la virgen de Guadalupe hizo que el águila, como la virgen, comenzara a fundar patria. Probablemente esta relación entre ambos símbolos, el hecho de que la virgen porte el escudo fundacional mexicano en sus mantos, tuvo que ver con que desde el siglo XVIII hubo quien se pudiera reconocer como mexicano con el emblema del águila sobre el nopal, a pesar de ser de provincia o de una tradición cultural prehispánica distinta del centro de México. En la fundamentación teológica del padre Sánchez y en esta especie de tránsito depurador del águila mexicana de sus connotaciones iniciales (su carga religiosa negativa para los cristianos), encuentro una explicación a la fácil aceptación del escudo. El aporte fue que el imperio mexicano antiguo cedió su escudo al nuevo México soberano por intercesión de la virgen de Guadalupe, integrándose simbólicamente el extenso y variado territorio nacional. Todo pasó, como dijo fray Servando Teresa de Mier, “por haberse mezclado en su pintura rasgos mitológicos de los aztecas”.<sup>41</sup>

En suma, el juntar emblemas tan significativos fue obra de los patriotas criollos del siglo XVIII. En el levantamiento de esta convicción patriótica colaboraron muchísimas generaciones de nacidos en el virreinato de la Nueva España. Fusionar ambos símbolos en la guerra

contra los españoles fue idea de los insurgentes, mientras que volverlos a separar después de la independencia fue obra de los liberales del siglo XIX. Los elementos que acompañaron al escudo después de volverse el oficial de México fueron las ramas cruzadas de laureles o encinas y olivos, como se muestra en los emblemas que forman la ilustración 11. Creo que es importante, a partir de ahora, no fechar la apelación al antiguo escudo fundacional y al pasado prehispánico, para fines de la composición del emblema político del México nacional, en el momento en que fueron convocados por José María Morelos y Carlos María de Bustamante —en sus conocidas declaraciones sobre el Anáhuac (entre 1813 y 1815)— porque, como se ve, hay demasiada historia atrás. Nunca dejó el emblema del águila su lugar: el del indiscutible escudo político de México, reconocido por mexicanos y europeos desde el siglo XVIII.<sup>42</sup>

La virgen de Guadalupe y el símbolo de la fundación de México son las señales más fuertes que quedan de nuestro pasado. A partir del siglo XVII el sentimiento colectivo sobre los emblemas religiosos de México comenzó a dejar de ser religiosidad para volverse patriotismo, como observó Francisco de la Maza. Religiosidad y patriotismo en los que se fincó el cumplimiento del destino apocalíptico de México de ser nación soberana. Ambos emblemas son, por eso, dos de las cuatro paredes de México, dicho a la manera del dramaturgo Rodolfo Usigli. Frente al incesante ritmo de la secularización de la vida en nuestro siglo, hoy día son destacados elementos culturales. El águila mexicana y la virgen de Guadalupe son utilizados cada vez con mayor libertad, más allá de los campos religiosos y de las fronteras nacionales, por una cultura mestiza y variada cuya tradición casi siempre afirma sin dificultad sus dos pasados. De modo que, extendiendo otra vez el pensamiento de Rodolfo Usigli, podríamos decir que Guadalupe (como el águila) no es (son) adorno sino destino.<sup>43</sup>

## Notas

<sup>1</sup> Una primera versión de este texto, titulada “El águila y la serpiente en las composiciones iconográficas

guadalupanas de los siglos XVII al XIX”, se leyó como ponencia en el XVII Congreso Internacional de Historia



de las Religiones, en el pánel: "Discurso en dos cosmologías: las teologías europea y nahua en el México colonial", ciudad de México, 10 de agosto de 1995. Comentarios por S. Kline, coordinó la doctora Susan Schroeder. Agradezco, en esta nueva versión, la orientación de mis colegas de la Dirección de Estudios Históricos.

<sup>2</sup> Miguel Sánchez, *Imagen de la Virgen María, Madre de Dios de Guadalupe. Milagrosamente aparecida en la ciudad de México. Celebrada en su historia con la profecía del Capítulo Doce del Apocalipsis* (1648), se incluye en Ernesto de la Torre Villar y Ramiro Navarro de Anda, *Testimonios históricos guadalupanos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982, pp. 152-282.

<sup>3</sup> El éxito y pronta acogida de esta idea del padre Sánchez permite suponer que sus argumentos tenían algún consenso quizá previo entre los contemporáneos guadalupanistas. Ignacio Osorio Romero, *El sueño criollo de José Antonio de Villertás y Roelas, 1695-1728*, México, UNAM, 1991, p. 217. Miguel Sánchez se basó en el escrito en náhuatl llamado *Nican Mopohua*, atribuido al indio Antonio Valeriano, que se publicó un año después del impreso de Miguel Sánchez por el presbítero del santuario guadalupano, Luis Lasso de la Vega. Lasso de la Vega lo transcribió al parecer en 1646 y lo publicó en 1649 en náhuatl y castellano: *Totlaconantzin Guadalupe in nican huei altepenahuac Mexico Itocayocan Tepeyacac. El gran acontecimiento con que se le apareció la Señora Reina del cielo Santa María...* Véase, en Ernesto de la Torre Villar y Ramiro Navarro de Anda, *Testimonios históricos guadalupanos*, las introducciones a los textos de Luis Lasso de la Vega, *Huei Tlamatzoltica...*, p. 282; y de Antonio Valeriano, *Nican Mopohua, Historia de las apariciones de Nuestra Señora de Guadalupe*, 1552-1560(?), p. 26.

<sup>4</sup> Jaime Cuadriello explica el origen de esta lámina. Era común suponer que allí era donde por primera vez aparecían juntos la virgen de Guadalupe, con las alas de águila y un nopal. Sin embargo, dice el autor: "Sánchez tomó prestado el emblema capitular de la Arquidiócesis de México para engalanar, como viñeta, la carátula respectiva; la cual, sin ser propiamente una imagen guadalupana, también puede tenerse como un traslado gráfico de su tesis central [...] Con esto, concluía Sánchez, habría sido el reino conquistado el que habría de dar las alas a María y, de tal suerte, se fundían conceptual y visualmente, en un solo icono, los emblemas espiritual y político del 'mexicano suelo'." Jaime Cuadriello, "Visiones en Patmos Tenochtitlan, la Mujer Águila", en *Artes de México. Visiones de Guadalupe*, México, Revista libro bimestral, núm. 29, 1995, p. 19.

<sup>5</sup> Véase el estudio de Jaime Cuadriello, *Maravilla americana. Variantes de la iconografía guadalupana. Siglos XVII-XIX*, México, Patronato Cultural de Occidente, A.C., 1984.

<sup>6</sup> Francisco de la Maza construyó el siguiente "esquema apocalíptico guadalupano" para facilitar la identificación de Miguel Sánchez: Mujer Apocalíptica igual a

virgen de Guadalupe; san Juan, Juan Diego; San Miguel, Hernán Cortés; los ángeles, los conquistadores; el dragón, la idolatría; las alas, el águila mexicana; la ciudad, la ciudad de México; el desierto, el Tepeyac; el sol, la zona tórrida; la luna, las lagunas de México; las estrellas, el nuevo paraíso. *El guadalupanismo mexicano*, México, Porrúa, 1953, p. 48.

<sup>7</sup> Miguel Sánchez ofreció esta explicación: "escrito el título de fundación amorosa, con licencia para que los ciudadanos de México, puedan entender, publicar, inferir, alegar, pretender, íntima y singular hermandad de parentesco con María en aquesta su imagen, pues renace milagrosa en la ciudad donde ellos nacen, y la patria aunque la madre común, es amantísima madre". Miguel Sánchez, *Imagen de la Virgen María, Madre de Dios de Guadalupe*, op. cit., p. 231.

<sup>8</sup> Xavier Noguez, *Documentos guadalupanos. Un estudio sobre las fuentes de información tempranas en torno a las mariofanías en el Tepeyac*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, p. 188. Véase de Ernest J. Burrus, "La continuidad y congruencia de la historia guadalupana", en *Congreso Mariológico. 450 Aniversario 1531-1981*, México, Insigne y Nacional Basílica de Santa María de Guadalupe, 1983, pp. 315 y ss.

<sup>9</sup> Francisco de la Maza dio fe de la obra constructiva que emprendieron sus "cuatro evangelistas", para dar la "rotunda imagen del fenómeno guadalupano, cuyo centro es ese afán incontenible de tener algo propio y único donde representarse, donde recrearse, donde descansar". Ya se habló de Miguel Sánchez y de Luis Lasso de la Vega, del primero por su interpretación teológica y del segundo por la traducción idiomática e "indigenización" de las bases de la historia. Luis Becerra Tanco añadió bases científicas al portento en su *Origen milagroso del santuario de Nuestra Señora de Guadalupe* (1666). Francisco de Florencia, por último, fomentó la devotería y la gran divulgación del portento, particularmente en su libro de 1688: *La Estrella del Norte de México. El guadalupanismo mexicano*, p. 124. Partes importantes de los textos de los dos últimos también se incluyen en la ya citada edición de Ernesto de la Torre Villar y Ramiro Navarro de Anda, *Testimonios históricos guadalupanos*.

<sup>10</sup> Francisco de la Maza, op. cit., p. 47.

<sup>11</sup> El primero en notarlo fue Bernardo Couto hacia finales del siglo XIX: "Desde que en 1648 publicó el presbítero Miguel Sánchez la primera *Historia de la aparición*, se fijó la atención en la imagen, y comenzaron a multiplicarse las copias." Bernardo Couto, *Diálogo sobre la historia de la pintura en México*, México, 1872. Citado por Fortino Hipólito Vera, *Contestación histórica crítica en defensa de la maravillosa aparición de la Santísima Virgen de Guadalupe, al anónimo titulado Exquisitio Histórica, y a otro anónimo también que se dice Libro de Sensación*, Querétaro, Imprenta de la Escuela de Artes, 1892, p. 242.

<sup>12</sup> Francisco de la Maza añadió: "La enorme icono-

grafía guadalupana desde sus orígenes europeos hasta sus transformaciones mexicanas no ha sido estudiada todavía.<sup>13</sup> Su raíz es evidente: la Mujer Apocalíptica con los citados atributos del capítulo doce de la revelación de san Juan, que comienza con la Baja Edad Media. De la extendida iconografía apocalíptica europea, avanzó De la Maza, Guadalupe se asemeja a la virgen de Berlín (que visitó Pedro de Gante antes de pasar a Indias) y a la escultura que existe en el coro del convento extremeño de Cáceres. Pero sin ser enteramente copia de ninguna porque aparece sin el niño en brazos que la virgen lleva en aquéllas. Véase *El guadalupanismo mexicano*, *op. cit.*, pp. 121 y 122. Elisa Vargas Lugo explica y ofrece en parte tal itinerario iconográfico en: "Notas sobre iconografía guadalupana", *Imágenes guadalupanas: cuatro siglos*, México, Centro Cultural Arte Contemporáneo, Fundación Cultural Televisa, 1987, pp. 59-65. Entre 1953, fecha del libro de Francisco de la Maza, y nuestros días, los estudios iconográficos guadalupanos han tenido un tremendo avance, particularmente en la obra mencionada de Jaime Cuadriello, *Maravilla americana*.

<sup>13</sup> Por las facilidades contemporáneas en la reproducción de imágenes y fomento de las colecciones, el estudio de la iconografía guadalupana ha tenido enorme auge. Entre los libros recientes que catalogan imágenes sobresalen: *Álbum conmemorativo del 450 aniversario de las apariciones de Nuestra Señora de Guadalupe*, México, Ediciones Buena Nueva, 1981; o bien *Imágenes guadalupanas: cuatro siglos*, del Centro Cultural Arte Contemporáneo, de 1987, por citar las ediciones mexicanas, señalando que hay varias ediciones europeas. Cada vez se encuentran más estampas de la virgen timbrada con el escudo en colecciones como la del Gabinete de Estampas de la Biblioteca Nacional de Madrid. Queda mucho por descubrir, por ejemplo, en la colección conocida como *Manuscritos guadalupanos* (Colección Ramírez), que se conserva en la Biblioteca Pública de Nueva York. La colección de cuadros e impresos del Museo de la Basílica de Guadalupe en el Tepayac tiene en exposición casi una decena y aumenta día tras día.

<sup>14</sup> Jaime Cuadriello, en la edición de *Artes de México. Visiones de Guadalupe* (en colaboración con Beatriz Berndt, León Mariscal y Carmen de Montserrat Robledo Galván), tuvo el mérito de proporcionar las referencias ordenadas de la iconografía más importante del siglo XVIII, la usual en las ediciones de colección para amplios públicos, "donde aparece la guadalupana honrando a la ciudad de México o tomando posesión de sus armas fundacionales". También nos recuerda que las ceremonias de jura eran muy graves en su significación política. "Una federación *sui generis* que depositaba en este símbolo devocional su razón como entidad política diferenciada, dignificada en su relación colonial pero, he aquí lo sustantivo, culturalmente autónoma y privilegiada", p. 20.

<sup>15</sup> Guillermo Boils, preguntándose qué tan exclusiva es la imagen que constituye el escudo nacional, muestra los paralelismos culturales que suelen aflorar entre los símbolos de diversos pueblos distantes en el espacio y en el tiempo. Al proporcionar una muestra iconográfica muy interesante de varias épocas y áreas geográficas del planeta, hace notar que un elemento distingue la composición iconográfica nuestra de las del resto del mundo: justamente el nopal. "Símbolos nacionales y simbolismo universal (Águilas devorando serpientes en diversas culturas)", *En síntesis*, México, Departamento de Síntesis Creativa, UAM-Xochimilco, año 6, núm. 20, primavera de 1995, pp. 34-39.

<sup>16</sup> El esfuerzo en el largo tiempo de los cronistas e historiadores y curiosos del pasado de México, que han colaborado en la reelaboración o rescate de nuestra historia, es permanentemente analizado por Enrique Florescano, en las sucesivas ediciones de su *Memoria mexicana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993 (primera edición de Joaquín Mortiz). La virgen de Guadalupe y el México antiguo fueron los dos grandes temas del patriotismo criollo, según el profesor Brading, de "ese conjunto de temas y de emociones que expresaban la búsqueda de una identidad social por parte de los españoles americanos". David A. Brading, *Mito y profecía en la historia de México*, México, Vuelta, 1988, p. 82.

<sup>17</sup> Doris Heyden, *México, origen de un símbolo. Mito y simbolismo en la fundación de México-Tenochtitlan*, México, DDF, Colección Distrito Federal, 1988, pp. 112 y 116. Este glifo se respaldaba en los mitos de la peregrinación de los aztecas y de la fundación de la ciudad de México. El águila que es Huitzilopochtli devora un corazón, una serpiente o lleva en la boca el *atl tlachinolli* que significa el dominio y la guerra. Se complementa ésta con la piedra de donde brota agua de dos colores, y con el *tenochtli* o nopal de fruta dura que nace del corazón de Cópil, sobrino y enemigo de Huitzilopochtli. Así, todos los elementos eran constante recordatorio, para este pueblo elegido, del triunfo sobre los otros.

<sup>18</sup> Según Guillermo Tovar de Teresa, al comenzar el siglo XVII Enrico Martínez, en su *Repertorio de los tiempos* (1606); fray Juan de Torquemada, en su *Monarquía indiana* (1615); y Arias de Villalobos, en su canto titulado *Mercurio* (1623), relacionaron al Pegaso con México, directa o indirectamente. Cita a Arias de Villalobos cuando éste hace referencia al momento en que el águila se posó sobre el nopal. Lo hizo, dice, "en los manantiales de agua de ese famoso lago, que esto significa Mexitli, en lengua indiana". Herrera, Motolinía, López de Gómara y Torquemada también lo refieren en sus respectivas obras. *Pegaso*, México, Vuelta, 1993, p. 84.

<sup>19</sup> Jorge González Angulo explica este hecho en "El criollismo y los símbolos urbanos", *Historias*, núm. 26, revista de la Dirección de Estudios Históricos del INAH, abril-septiembre de 1991, p. 73.



<sup>20</sup> Guadalupe Pérez San Vicente explica que no se sabe cuándo comenzó a superponerse el escudo mexicano como timbre del enviado desde España en el siglo XVI. *Cedulario de la metrópoli mexicana*, presentación de Baltasar Dromundo, selección y notas de Guadalupe Pérez San Vicente, México, DDF, 1960, nota 2, p. 63. Manuel Carrera Stampa, en un exhaustivo estudio del escudo mexicano, refiere con más amplitud la razón, pero sin ubicar en el tiempo la superposición. *El escudo nacional*, México, Secretaría de Gobernación, 1994, (primera edición de 1960).

<sup>21</sup> Citado por Jorge González Angulo en su ensayo "El criollismo y los símbolos urbanos", *op. cit.*, pp. 71-73. Fray Juan de Torquemada, *Monarquía indiana*, editado por Miguel León Portilla, México, UNAM, 1975, libro III, vol. 1.

<sup>22</sup> El virrey don Juan de Palafox, en el ayuntamiento de la ciudad, el 12 de agosto dio a elegir otro timbre para adornar el escudo enviado por el rey Carlos, entre los siguientes: "la imagen de Nuestra Señora, un serafín, la imagen de la Fe con Hostia y Cáliz o un ángel con una Cruz". El Cabildo se decidió por la Fe y sus atributos. Pasado el tiempo, sin saberse cuándo, este timbre se quitó y el escudo de la ciudad comenzó a timbrarse con la corona que lo acompañó hasta la independencia. *Cedulario de la metrópoli mexicana*, *op. cit.*, 1960, nota 2, p. 63.

<sup>23</sup> En *Los franciscanos vistos por el hombre náhuatl*, de Miguel León Portilla, México, UNAM, 1985, el autor habla de la aceptación franciscana de los símbolos indígenas y cita dos testimonios provenientes de los *Anales Mexicanos* núm. 4, donde se registra la aceptación de algunos símbolos mexicanos al lado de la imagen de san Francisco, en los que estaba el del portento original del águila sobre el nopal. El primero es de 1577. Allí el águila se plasmó en un paño de damasco rojo pintado, que se enseñó en la fiesta de san José; el segundo, de 1597, es una composición pictórica donde aparece el águila. Cita los *Anales*: "La habían pintado encima de un nopal, en un espacio abierto. Junto a ella se erguía, muy maravilloso, San Francisco y encima se elevaba la Santa Cruz." Se mostró en la fiesta de san Francisco, pp. 59-60.

<sup>24</sup> Richard Nebel hizo la comparación de las historias aparicionistas guadalupanas, de la virgen española y de la mexicana, con el fin de apreciar mejor la similitud que guardan, en *Santa María Tonantzin virgen de Guadalupe. Continuidad y transformación religiosa en México*, México, FCE, 1995, pp. 39 y ss.

<sup>25</sup> Teobaldo Antonio de Rivera describió el excepcional alcance de la devoción guadalupana en Europa, en un impreso que mereció dos publicaciones, una en la década de 1740 y otra en 1757. *Relación y estado del culto, lustre, progresos y utilidad de la Real Congregación, sita en Madrid, en la Iglesia de San Felipe El Real, bajo la especial protección del Rey, Nuestro Señor, constituyéndose S.M. Hermano Mayor de ella... Apare-*

*cida en México y conocida con el título de Guadalupe. Dispuesta por don... 1740-1757*. Se consultó el ejemplar que guarda la Biblioteca Manuel Orozco y Berra, de la Dirección de Estudios Históricos del INAH. Folleto impreso núm. 617.

<sup>26</sup> Frente a la confusión del vulgo entre las vírgenes mexicana y europea, el padre Rivera y otros guadalupanistas europeos pensaron que era conveniente difundir mejor la diferencia: "Se pensó seriamente en los medios más oportunos y se arbitró el de dar a conocer a la Soberana Imagen con la multitud de estampas y cuadritos." La congregación de Madrid poseía seis láminas grandes y pequeñas; con ellas se habían impreso tres veces, más de 40,000 estampas. En 1740 se habían publicado más de 3,000 compendios en latín de la historia de la aparición para que los religiosos concurrentes a una reunión (o Capítulo General de San Francisco), la dieran a conocer a otros religiosos del mundo. Los franciscanos luego hicieron más copias de estas láminas, en Alemania y en Roma. Además se había hecho un devocionario o *triduo* para celebrar la tercera aparición: hacia 1754 se habían impreso más de 50,000 en castellano. *Relación y estado del culto...*, *op. cit.*, p. 731.

<sup>27</sup> El padre Teobaldo Antonio de Rivera describió el excepcional recorrido guadalupano por Europa en la primera mitad del siglo XVIII. Informó que para mediados de siglo se le veneraba en Italia, Alemania, Francia, Baviera, Bohemia, Polonia, Nápoles, Flandes, Irlanda y Transilvania. En España, el culto se había difundido por Galicia, Valladolid, Guadalajara, Alcalá, Barcelona, Sevilla, Cádiz, Salamanca, La Rioja, Guipúzcoa, Vizcaya y otras ciudades, provincias y reinos de la Península. En Madrid se habían puesto tres capillas, ocho altares y en más de cincuenta iglesias se habían colocado imágenes. *Relación y estado del culto...*, *op. cit.*, pp. 763 y ss. El jesuita Francisco Javier Clavijero, durante su exilio en Italia, escribió dos obras: su *Historia antigua de México* (a la que le imprimió el águila y la serpiente), y su "Breve noticia sobre la prodigiosa y renombrada imagen de Nuestra Señora de Guadalupe" (1782). Allí informa del culto en Boloña, Ferrara, Perusa, Cesena, Bobbio. En Roma las monjas salesinas tenían un altar donde se colocó una pintura de Miguel Cabrera, la que Juan Francisco López había mostrado al papa Benedicto XIV. Véase Ernesto de la Torre Villar y Ramiro Navarro de Anda, *Testimonios históricos guadalupanos*, *op. cit.*, pp. 587 y ss.

<sup>28</sup> Noticias sobre el impreso del padre Rivera y sobre las actividades de la congregación de Madrid, en *Historia de la aparición de la Santísima Virgen de Guadalupe en México, desde el año MDXXXI al de MDCCCXCV*, por un sacerdote de la Compañía de Jesús, tomo I, Tipográfica La Europea de Fernando Camacho, pp. 429-430.

<sup>29</sup> Las referencias a estrellas en el firmamento mariano son muchas. En el libro de Jeremías, la Reina del Cielo se asocia con una estrella. Una de nuestras ige-

sias barrocas más lujosas, la de *Regina Coeli*, tiene la representación del libro de Jeremías en un altar, como en otros altares hay otras alusiones marianas a los Santos Varones. En los sermones de la época, comunicadas América y Europa por el mar, era común escuchar que la vida era un mar borrascoso y que la virgen la guía al seguro puerto de salvación. Francisco de Florencia, *La Estrella del Norte de México, aparecida al rayar el día de la Luz Evangélica en este Nuevo Mundo, en la cumbre del cerro del Tepeyácac, orilla del mar Tezcucano, a un natural recién convertido; pintada tres días después milagrosamente en su tilma o capa de lienzo... En la historia de la milagrosa imagen de Nuestra Señora de Guadalupe de México, que se apareció en la manta de Juan Diego (1688)*, en *Testimonios históricos guadalupanos*, op. cit., pp. 359-399.

<sup>30</sup> Miguel Sánchez, *Testimonios históricos guadalupanos*, op. cit., pp. 225-226.

<sup>31</sup> Miguel Hidalgo dijo: "Que realmente no hubo orden ninguna asignando Armas algunas: que no hubo más que habiendo salido el declarante el diez y seis de septiembre referido con dirección a San Miguel el Grande, al paso por Atotonilco tomó una Imagen de Guadalupe que puso en manos de uno para que la llevase delante de la gente que le acompañaba, y de allí vino que los regimientos pasados y los que se le fueron después formando tumultuariamente, igualmente que los pelotones de la plebe que se les reunió, fueron tomando la misma Imagen de Guadalupe por Armas, a que al principio agregaban generalmente la del Sr. Don Fernando Séptimo, y algunos también la Águila de México." J.E. Hernández y Dávalos, *Colección de documentos para la historia de la independencia de México, de 1808 a 1821*, México, José María Sandoval impresor, tomo 1, p. 13.

<sup>32</sup> Carlos María Bustamante escribió que la obra milagrosa de la virgen "fijó en todos los mexicanos la idea de que en Nuestra Señora de Guadalupe tenían el paladín sagrado de su libertad y suspirada emancipación, idea que pasó de generación en generación por más de tres siglos, idea en fin, por la cual los insurgentes del año de 1810, invocaron a Nuestra Señora de Guadalupe y se pusieron bajo sus auspicios para sacudir el yugo español". Véase Bustamante, "Elogio y defensa guadalupanos", en Ernesto de la Torre Villar y Ramiro Navarro de Anda, *Testimonios históricos guadalupanos*, op. cit., p. 1078.

<sup>33</sup> Jacinto Barrera Bassols, en *Pesquisa sobre un estandarte. Historia de una pieza de museo*, México, Ediciones Sin Filtro, 1995, narra la confusión, que llega hasta nuestros días, entre las dos imágenes guadalupanas más famosas utilizadas por la tropa de Miguel Hidalgo: un estandarte y la imagen tomada de la sacristía de Atotonilco. Ambos actualmente se exhiben en el Museo Nacional de Historia del Castillo de Chapultepec.

<sup>34</sup> Los estandartes apocalípticos de la insurgencia fueron éstos. Citado por Ernesto Lemoine Villicaña, *Morelos y la revolución de 1810*, Morelia, Gobierno del

Estado de Michoacán, 1978, p. 234. La carta se encuentra en el Archivo General de la Nación, ramo Virreyes (*Calleja*), tomo 268-A, f. 107. En 1814 el virrey remitió los estandartes a España con otros objetos tomados a los insurgentes. Para conocer la formación de los Dragones de la Reina (de 1774) véase Esteban Sánchez de Tagle, *Por un regimiento, el régimen. Política y sociedad: la formación del regimiento de Dragones de la Reina de San Miguel el Grande*, México, INAH, 1982.

<sup>35</sup> Luis Castillo Ledón, *Hidalgo, la vida del héroe*, México, Comisión Nacional para las Celebraciones del 175 Aniversario de la Independencia Nacional y 75 Aniversario de la Revolución mexicana, 2 vols., 1975. Véase Christon I. Archer, "¡Viva Nuestra Señora de Guadalupe!", *Mexican Studies*, vol. 7 (1), Winter 1991, pp. 143 y ss.

<sup>36</sup> Dos visiones clásicas del inicio del movimiento dan los libros de Luis Villoro, *El proceso ideológico de la revolución de independencia*, México, UNAM, 1953; y de Hugh M. Hamill, *The Hidalgo Revolt. Prelude to Mexican Independence*, Gainesville, University of Florida Press, 1966.

<sup>37</sup> J.E. Hernández y Dávalos, *Colección de documentos*, op. cit., p. 13.

<sup>38</sup> El más importante grupo que apoyó al movimiento insurgente desde la ciudad de México, al fundarse, según Anastacio Zerecero, uno de sus miembros originales, al principio tomó el nombre del Águila para quedarse con *Los Guadalupes*: "Cuando el Sr. Hidalgo se presentó en Las Cruces, tenía en México muchos partidarios; pero trabajaban aisladamente, sin combinación ni orden. Esto dio motivo para que después de que él se separó y se retiró al interior, se procurara combinar las acciones de esa multitud inmensa de partidarios, y ya se formó una sociedad secreta que se llamó en un principio del Águila, y después de los Guadalupes..." Véase Anastacio Zerecero, *Memoria para la historia de las revoluciones en México*, México, Imprenta del Gobierno, 1869, p. 155. Citado por Virginia Guedea en su reciente libro, *En busca de un gobierno alterno, los Guadalupes de México*, México, UNAM, 1992.

<sup>39</sup> Moisés Guzmán Pérez, *La Junta de Zitácuaro, 1811-1813. Hacia la institucionalidad de la insurgencia*, Morelia, Universidad Michoacana, Instituto de Investigaciones Históricas, 1994. Véase portada, p. 73 e ilustraciones de este novedoso libro.

<sup>40</sup> En 1822, en el Michoacán tarasco, se colocó en el corazón de su catedral cristiana el escudo del águila sobre el nopal. Desde ese año se fueron sustituyendo por el mexicano todos los escudos de la monarquía en las fachadas de las catedrales, comenzando con el de la Catedral de la ciudad de México. Gabriel Silva Mandujano, *La catedral de Morelia. Arte y sociedad en la Nueva España*, Morelia, Comité Editorial del Gobierno del Estado de Michoacán, 1984, p. 94. Véase Herón Pérez Martínez, "Un texto iconográfico novohispano: las fa-



chadas de la catedral de Valladolid”, en Nelly Sigaut (coord), *La catedral de Morelia*, Morelia, El Colegio de Michoacán y Gobierno del Estado de Michoacán, 1991, pp. 67 y ss.

<sup>41</sup> Fray Servando Teresa de Mier, “Cartas a Juan Bautista Muñoz” (1797), en Ernesto de la Torre Villar y Ramiro Navarro de Anda, *Testimonios históricos guadalupanos*, op. cit., p. 852.

<sup>42</sup> El profesor David A. Brading consideró que, a

pesar de su importancia como tema central del patriotismo criollo, “la guadalupana, por muy honrada que fuera, no se convirtió en el símbolo central y unificador de la nacionalidad mexicana”. Que más bien los liberales del siglo XIX dieron el escudo nacional apelando al pasado prehispánico. Véase *Mito y profecía...*, op. cit., p. 68.

<sup>43</sup> Rodolfo Usigli, *Corona de luz. La Virgen*, México, FCE, 1980, pp. 53-54.



*Dr. Antonio Loaeza.*

